





JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

patriarca de la cultura vasca

Tiene ciento dos años y ha empleado su vida en despejar muchas incógnitas de las costumbres y creencias del pueblo vasco. La próxima semana los Reyes de España, dentro de su visita oficial al País Vasco, se acercarán hasta Ataún para saludarle.

Texto: Tomás García Yebra Fotografía: Javier Kámara

En un caserío blanco y rojo, en el barrio de San Gregorio, Ataún, Guipúzcoa, aislado entre montañas y con un río donde es habitual pescar truchas de medio kilo, vive José Miguel de Barandiarán. ¿Quién es este hombre?, se preguntarán algunos de nuestros lectores. Pues este hombre, con ciento dos años a sus espaldas, lo es casi todo en la cultura vasca. Arqueólogo, antropólogo, etnólogo, sacerdote, curioso de la física y de las ciencias exactas, ha exprimido su vida hasta sacarle todo el jugo que podía dar.

A sus muchos títulos y honores, hay que destacar la reciente entrega —en febrero de este año— de la Gran Cruz de la Orden de Carlos III, la más alta condecoración española. El rey don Juan Carlos no pudo trasladarse entonces hasta Ataún, pero ese deseo, manifestado por él en diferentes ocasiones, lo hará realidad los próximos días. Al confirmarle la visita de los monarcas, José Miguel de Barandiarán, postrado en su mecedora, mira al periodista con ojos de incertidumbre: «¿Usted cree que vendrán?... Aquí no tengo mucho que ofrecerles.»

Su sobrina Pilar, de ochenta años, una mujer llena de nervio, sana como un roble y humilde como un manzano, es la que le atiende, le mimas, y nos pide, por favor, que no le pongamos la cabeza como un bombo: «Le

dejo un cuarto de hora, no más, que el médico me tiene terminantemente prohibido que le mareen.» A lo lejos se ve una nutrida colmena. Le pregunto a Pilar si continúa la costumbre, como registra su tío en uno de sus libros, de comunicar a la reina la muerte de su propietario. «Sí, sí. Cuando se muere el dueño de la colmena, hay que decírselo a las abejas; si no, marchan.»

Desde los dieciocho años, el venerable etnólogo arrastra una úlcera de estómago, y a este molesto inquilino atribuye su longevidad: «Al tener que cuidarla, me he tenido que cuidar yo. Esa puede ser la explicación. Aunque, bien mirado, ya no sé qué pinto aquí, si apenas me quedan fuerzas para hacer nada.»

San Gregorio, en 1889, tenía 1.124 habitantes, la mayoría labradores, un ambiente muy poco propicio para despertar vocaciones. Casi todos hablaban vascuence y desconocían el castellano, primer escollo de los muchos que tuvo que salvar el joven Barandiarán para abrirse camino.

Así lo describe su sobrino Luis en la biografía que le ha dedicado a su tío: «En la escuela de San Gregorio estaba prohibido rigurosamente el uso del vascuence, no sólo para los efectos de la enseñanza, sino, incluso, para las relaciones entre los mismos alumnos.

JOSE MIGUEL DE BARANDIARAN

El control de las infracciones por el uso del idioma nativo lo llevaban los alumnos mediante un sistema muy simple. El profesor tenía un anillo que utilizaba a modo de sambenito. Al primero que le sorprendía hablando el vascuence, le colocaba el anillo. Éste, a su vez, podía desprenderse de él si pillaba a otro compañero hablando el infausto idioma. Así, por encima del concepto de amistad y compañerismo, privaba el de acusar y enrarecer la convivencia.»

En 1906 ingresa en la preceptoria de Balarriain, donde realizó los tres primeros cursos de latín. En septiembre de ese mismo año inicia estudios de filosofía en el Seminario Conciliar de Vitoria, su hogar durante los siguientes treinta años. Al mismo tiempo, comenzó a estudiar francés, inglés y alemán. En el seminario, aparte de ordenarse sacerdote, termina las carreras de Filosofía, Magisterio y Teología. Junto a estas disciplinas, se le despierta la afición por las ciencias natura-



les y la física, lo que le conducirá por los caminos de la investigación y los inventos.

En este sentido hay una anécdota que merece la pena contar. Durante el verano de 1915, en plena guerra europea, encontró en la revista alemana *Annalen der physik* un esquema de un aparato receptor de ondas. Al verlo, sintió curiosidad y se puso a fabricar uno por su cuenta. Disponía de todo lo necesario, sólo le faltaba la galena, para lo cual compró azufre, limaduras de plomo y, con la más elemental de las alquimias, obtuvo en un mortero la deseada piedra galena (sulfuro de plomo).

El inocente artilugio captaba, en clave de morse, los partes de guerra extendidos en París, por lo que algunos vecinos de Ataún comenzaron a pensar que Barandiarán era un espía. El rumor se propagó por los alrededores hasta llegar a oídos del gobernador de Guipúzcoa. Este mandó a una pareja de la guardia civil con la orden de desmontar el aparato. Al final, aclaradas las dudas, le dejaron tranquilo y pudo continuar escuchando los mensajes que venían del otro lado de la frontera.

Una persona con una mente propia de un científico tenía que chocar con el hombre creyente, con el sacerdote, pero de esta lucha interior entre las dos potencias, la lógica y la fe, no salió mermado, sino fortalecido.

—Yo no he sufrido nunca una crisis religiosa propiamente dicha. Lo que padecí de joven fue una crisis de ignorancia religiosa, y para disiparla es por lo que necesité aclarar ciertos problemas que rozaban o invadían el campo de la religión. Por suerte, llegué a la convicción de que ambas, fe y ciencia, persiguen un mismo fin: esa verdad iluminadora que da sentido y consistencia a nuestras vidas.

Este deseo de abarcar todo lo referido al hombre le condujo al campo de la antropología, la etnología y el estudio comparado de las religiones. Mas una estancia en Leipzig, al lado del profesor W. Wundt, le reveló la auténtica senda a seguir.

—El profesor Wundt me dio un consejo definitivo. Me dijo: «Usted nunca podrá estudiar debidamente una cultura extraña. ¿Por qué? Porque aquella cultura no la vive y consecuentemente no la podrá interpretar adecuadamente. Usted tiene que estudiar su propio pueblo, el pueblo vasco. Fuera de ese ámbito es difícil que haga algo importante.»

Ya tenía el radio de exploración. Ahora le faltaba la metodología, que a su vez halló en las enseñanzas de un investigador polaco. Este le comentó: «La ciencia se cimenta en

descubrimientos concretos, no en especulaciones librescas. Por eso, antes que pensar con la cabeza, hay que empezar haciéndolo con los pies.»

Nunca se apartaría de estas dos advertencias. Su primer trabajo fue sobre el castillo de Ataún. Más tarde, con sus dos inseparables amigos, Telesforo de Aranzadi y Enrique de Eguren, pateó palmo a palmo el territorio vasco, excavando yacimientos y recopilando toda clase de leyendas, ritos, epopeyas y fábulas. Todo este material lo trasladaría minuciosamente a veinte gruesos tomos, el conjunto de sus obras completas.

Los lugareños les pusieron el apodo de los tres tristes trogloditas, «lo que me parece un error de apreciación —puntualiza con sorna Barandiarán— porque si esa era la impresión que dábamos, lo cierto es que nos lo pasábamos estupendamente». Julio Caro Baroja ha declarado que aprendió mucho más en las cuevas, junto a estos tres hombres, que en todas las clases que asistió en la universidad.

Entre las muchas celebridades que conoció, recuerda al egocéntrico Unamuno, del que le cansaba su asfixiante palabrería: «Era un hombre que hacía frases, todo el día se lo pasaba haciendo frases, y a mí las frases me molestan.» También tuvo trato y se carteo con Pío Baroja. El novelista donostiarra, al escribir *El cura de Monleón*, se inspiró en el caldeado ambiente del seminario de Vitoria cuando, la República, donde Barandiarán ejercía de profesor y donde los seminaristas, muy politizados, mantenían encendidas polémicas en torno a lo divino y lo humano.

En la guerra civil se tuvo que exiliar a Francia. Le tacharon de masón, rojo y separatista. A lo largo de su vida le han colgado toda clase de rótulos y banderas, según los intereses, y todavía hoy cualquier comentario suyo lo utilizan en muy variadas direcciones. El, consciente de la manipulación, responde con la paz de su ánimo y el silencio de sus secretos, lo que desquicia a unos y otros.

Ignorada su labor en España durante demasiados años, ha sido galardonado con los más diversos honores en el extranjero. Obras como la *Mitología vasca*, *El mundo de la mente popular vasca*; *Brujería y brujas*, *Mari o el genio de las montañas* y *El hombre primitivo en el País Vasco* son ya fuente obligada de consulta. Quizá le haya faltado interpretación, ensayo, a sus libros, pero ha hecho lo más ingrato: el acopio de material. A las futuras generaciones, con el camino bastante más allanado, les queda el privilegio de continuar su importante labor.